

## CAPÍTULO XXIX

*Minucio, dictador como Fabio. – División del ejército entre los dos dictadores. – Ruina que sufre Roma por la temeridad de Minucio y ventajas que saca por la reserva de Fabio.*

Cuando llegó la noticia, en Roma se alegraron muchísimo de un suceso que tenía más de exagerado que de verdadero. Creían que, en vez de la anterior desconfianza, por un feliz cambio, se presentaban ahora los negocios de mejor aspecto. Presumían que la inacción y cobardía de las legiones hasta entonces no habían provenido de la timidez del soldado cuanto de la irresolución del jefe. Por eso todos vituperaban y difamaban a Fabio, como a hombre que por falta de valor había dejado pasar las ocasiones. Por el contrario, de Minucio exageraban tanto el valor por este hecho, que hicieron entonces con él lo que nunca se había hecho. Le nombraron dictador, en la persuasión de que pondría pronto fin a la guerra; con lo que hubo dos dictadores para una misma expedición, ejemplo nunca visto hasta entonces entre los romanos. Cuando supo Minucio el afecto que la plebe le dispensaba y el poder que el pueblo le había confiado, concibió doblado atrevi-

miento para contrarrestar y tentar al enemigo. Entre tanto Fabio llegó al ejército, y lejos de alterarle estos accidentes, le afirmaron más en su anterior dictamen. Viendo a Minucio orgulloso, opuesto a todos sus intentos y repitiendo a cada paso que se diese la batalla, le propuso esta alternativa: o turnar el mando por días, o dividir el ejército y usar cada uno de sus legiones como le dictase su capricho. Minucio adoptó con gusto el último partido, y así dividieron las tropas y acamparon separadamente, distantes como doce estadios.

Aníbal, parte por la relación de los prisioneros que había cogido, parte por lo que los mismos hechos le indicaban, conoció la oposición que había entre los dos jefes y la impetuosidad y vanagloria de Minucio. Satisfecho de que semejante disposición entre los contrarios más era en su favor que en contra suya, dirigió todas sus baterías contra Minucio, con el propósito de reprimir su audacia y prevenir sus esfuerzos. Existía entre el campo suyo y el de Minucio una colina capaz de incomodar a cualquiera de los dos. Tomó la resolución de ocuparla. Pero como se hallaba firmemente persuadido que Minucio, fiero con la anterior ventaja, acudiría sobre la marcha a hacerle resistencia, contra este ímpetu dispuso esta estratagemata. A pesar de que los alrededores de la colina eran rasos, tenían, no obstante, muchas y diversas quebraduras y concavidades. Destacó allá por la noche quinientos caballos y cinco mil infantes a la ligera, distribuidos en cuerpos de doscientos y trescientos hombres, según la capacidad de cada eminencia. Para que por la mañana no fuesen divisados por los que salían al forraje, lo mismo fue romper el día hizo ocupar la colina por sus armados a la ligera. Minucio, que advirtió lo sucedido, creyendo se le presentaba la ocasión, destaca sobre la marcha su infantería ligera, con orden de atacar y disputar el puesto. Después envía la caballería, y acto seguido marcha él detrás con sus legionarios unidos, conduciéndose en todo como en el anterior combate.

Aclarado el día, como la refriega en torno al cerro se llevase toda la atención y vista de los romanos, no sospecharon el ardid de los que estaban emboscados. Aníbal remitía continuos socorros a los que estaban en la colina, y aun él siguió después con la caballería y el resto del ejército, con lo que prontamente vino la caballería a las manos. Con este refuerzo la caballería cartaginesa arrolló la infantería ligera de los romanos, y en el hecho mismo de refugiarse ésta a sus legionarios, desordenó su formación. Al mismo tiempo se dio la señal a los que estaban emboscados para que acometiesen y atacasen a los romanos por todos lados, y de allí en adelante ya no sólo la infantería ligera, sino todo el ejército corrió un inminente riesgo. Entonces Fabio, advirtiendo lo que pasaba y temeroso de una entera derrota, saca sus legiones y acude con diligencia al socorro de los que peligraban. A su llegada los romanos, que ya estaban totalmente desordenados, se recobran, se vuelven a incorporar en sus cohortes y se retiran y acogen a sus trincheras, después de haber quedado sobre el campo gran parte de la infantería ligera, un número más crecido de legionarios, y entre éstos los más valerosos. Aníbal temió la entereza y buen orden de las legiones auxiliadoras y desistió del alcance y de la batalla. Los que se hallaron en la acción no dudaron que la temeridad de Minucio les había arruinado enteramente y la reserva de Fabio los había salvado tanto antes como en la ocasión presente, y los que se pasaban por Roma conocieron entonces palpablemente qué diferencia hay de una verdadera ciencia

de mandar y un pensar firme y juicioso, a una intrepidez soldadesca y una vana altanería. Efectivamente, los romanos, instruidos por la experiencia, se atrincheraron, volvieron a reunirse todos en un campo y en adelante siguieron el parecer de Fabio y sus avisos. Los cartagineses, trazada una línea entre la colina y su propio campo, levantaron una trinchera en torno a la cumbre del cerro ocupado, pusieron buena guarnición y ya libres de todo insulto se dispusieron para pasar el invierno.